

# Antología O'Higginiana

*Los más famosos poetas chilenos han dedicado sentidas composiciones inspiradas en la vida de Bernardo O'Higgins. Son muchos los poemas que a través del tiempo han ido enriqueciendo nuestro acervo literario. Son romances, sonetos y versos libres.*

*De toda esta nutrida producción poética hemos seleccionado siete, porque son representativos de diversas épocas y además expresan con singular belleza de estilo un sentimiento de gratitud nacional hacia el Padre de la Patria.*

## *O'HIGGINS*

José A. Soffia

Modelo de virtud, noble guerrero  
no fue tu guía la ambición villana,  
no fue tu espada el hierro carnífero  
ávido de teñirse en sangre humana.

El amor de la patria era tu norte  
un rayo de justicia era tu espada  
y al conducir al campo tu cohorte,  
a vencer o morir por ti adiestrada.

Sólo al deber sagrado obedecías.  
Con el valor ardiente del patriota,  
por la causa más santa combatías,  
y admirable en el triunfo y la derrota.

Que en su eterno vaivén la suerte fragua  
siempre atrevido, ardiente y generoso.  
¡No sé dónde te elevas más grandioso:  
si en Chacabuco o en Rancagua...!

## **DE “EL MIRADOR DE O’HIGGINS”**

Victor Domingo Silva

El Director Supremo del Estado de Chile  
se vuelve al mar y mira: ¡Qué imponente el desfile  
de las naves! ¡Qué bello! Las velas hincha el viento  
y están las olas tersas y terso el firmamento.

El resplandor muriente del sol, va cada estela  
trazando en línea recta su blanca paralela.

El pueblo, dispersándose por las alturas mira  
con épico entusiasmo. Nadie en la comitiva  
queda sin descubrirse... ¡Qué espléndida esperanza  
va empujando esa flota que osadamente avanza!

Y el Director, llevado de un ardor vehemente,  
ante esa escuadra —idea para tantos quimérica—  
¡Pensar que está, señores, exclama bravamente,  
en esas cuatro tablas el porvenir de América!

## **AUREOLA PARA BERNARDO O’HIGGINS, NIÑO**

Angel Cruchaga Santa María

La mirada de Chile al caer en su vida  
le quema el corazón con llama sostenida  
entre los magnolios de la casona vieja  
donde penetra el sol tierno como una oveja.

El rostro de la madre y el de la suave hermana  
lo animan como el aire que vuela en la ventana,  
y el niño mira el sol, el agua, las colinas  
y el cielo de la noche, cuna de golondrinas.

Se pregunta por qué su espíritu no siente  
los ojos de su padre clavados en su frente.

Pero la madre vela y se aleja de la sombra.  
El padre está ausente; el niño no lo nombra.

Y lleva sobre el pecho un rumor que se vierte,  
una canción de Chile saturada de muerte.

Chile con sus huertos, sus uvas y panales.  
Chile con su mar que vuelca los cristales.  
Quiere nacer la Patria. ¡La Patria está en acecho!  
Como un racimo rojo se le rompe en el pecho.

Toda la tierra libre sin nada que la oprima  
desde el mar océano al airón de la cima.

Con sus cimbrantes álamos y fuertes campesinos  
con la sonora rueda de sus claros molinos.

Y el niño está soñando y oye de los confines  
como un chocar de espadas y un eco de clarines  
y un tropel de caballos que conduce la hazaña  
mientras se marchita la bandera de España.  
Y la Patria es la pira donde se quema todo:  
la sangre, el corazón, la miseria y el lodo.  
En ella el niño bebe como en un cuenco puro  
y escribe tras el llanto su nombre sobre el muro,  
porque ha nacido en ella sintiendo sus raudales  
bajo el canto apacible de los dulces zorzales.  
La tierra es como un grito que se triza en sus venas.  
El infante la siente abrirse en azucenas.

.....

El tiempo crece. El niño ya no ve su montaña.  
Chile es una lágrima que siempre lo acompaña.

Le mira Europa pobre, solo y entristecido.  
De amor y de nostalgia se siente revestido.

Y Francisco Miranda que es trueno y profesía  
levanta sobre América su esplendor de vigía,  
y O'Higgins al oírlo siente un golpe de lanza:  
"Chile-solloza-Chile, mi amor y mi esperanza,  
ha de llegar la hora solemne del destino  
en que se acerque a ti mi pie de peregrino.

Yo te ofrendo mi vida; mi corazón es tuyo.  
Eres la tierra mía mi ventura y mi orgullo.

Iré por tus senderos y besarán mi espada  
los soles y los fríos y la noche estrellada  
hasta que seas libre, soberana y erguida.  
Toda mi sangre va hacia ti conmovida".

.....  
Y cerrando los ojos vio O'Higgins a lo lejos  
a un niño que corría entre rosales viejos.  
A un niño rubio y triste que atravesaba el día  
frente a los fantasmas de una casa vacía  
o bajo las pupilas de una mujer sagrada  
que hasta la eternidad parecía enlutada.  
Y el alma del patriota en un presentimiento  
vio todo su futuro esculpido en el viento.

## ***ROMANCERO DE BERNARDO O'HIGGINS***

Roberto Meza Fuentes

**NIÑO** Bernardo Riquelme,  
qué triste tu amanecer.  
Preguntaste por tu padre.  
Nadie supo responder.  
Sonrió una niña a tu lado.  
La llamaban Isabel.  
Su sonrisa era dulzura.  
Dulzura de padecer.  
Te dijo que era tu madre.  
No podías comprender.  
Era tu madre una niña  
que lloraba sin querer  
y te miraba con ojos  
que iluminaba la fe  
con una lágrima viva,  
estrellita de Belén.  
"Bernardo, Niño Bernardo",  
besaba la voz de miel.  
Y al sentirse tan pequeño  
ya está llorando otra vez.  
Tú preguntabas: "¿El Padre?"

Y la herías sin querer.  
Una espina le clavabas  
en el corazón sin hiel.  
Ella se quedó esperando  
al que no quiso volver.  
Y te dormiste en sus brazos  
como su dueño y su rey.

NANA de la niña buena,  
nana de Niña Isabel,  
a-rro-rró de nana triste,  
con tristeza de mujer,  
con soledad y sollozos,  
con olvido de la fe,  
nana de labios chilenos  
de villancico y rondel,  
nana del cuándo, el te quiero  
el mañana y el después.  
Ya se fue la nana triste,  
se fue para no volver  
con la nostalgia del niño  
del extranjero irlandés  
que, por seguir su destino,  
olvidó a Niña Isabel.  
Llevan a Niño Bernardo  
antes del amanecer,  
cuando la diuca cantaba  
y el lucero empieza a arder.  
A caballo lo llevaban  
por la tierra del clavel,  
por la tierra de la rosa  
y el rosado amanecer,  
del poleo azul y blando  
y la guinda rosicler.  
A caballo va por tierras  
con aroma de vergel.  
Tierras de patagua y boldo,  
tierras de peumo y maitén.  
Envuelto va en una manta  
que nadie lo pueda ver.  
No lo vea rostro de hombre

ni mirada de mujer.  
Ya traspasa manta y alma  
el aroma del vergel  
de la tierra de los sueños  
de Bernardo e Isabel,  
del niño, que va en la noche  
caminando sin saber;  
de la niña, que en el alba,  
ya va a despertar sin él.  
¡Qué destino el de Bernardo!  
¡Qué soledad de Isabel!  
La guirnalda del copihue  
en la cima del laurel,  
beso de la primavera  
en la nostálgica sien,  
filial amor de Bernardo  
en soledad de Isabel.  
En el llanto de la niña  
la gota acerba de hiel.  
Y en la hiel, la estrella clara,  
la estrellita de Belén.  
El diamante de la luna  
va a rasgar la sombra infiel.  
Por Chillán Viejo dormido  
va galopando el tropel.  
Aroma de la montaña,  
dulce aroma montañés,  
aroma de boldo y roble  
que va a galopar con él,  
para pegársele al alma,  
como a la carne, la piel.

YA LLEGO Niño Bernardo  
a tierra que no era de él.  
Niño Bernardo Riquelme  
va a empezar a padecer  
porque, en la casa con flores,  
no estará Niña Isabel.  
¿A dónde quedó la madre  
que lo miraba crecer,  
que jugaba con sus juegos

y que crecía con él,  
Isabel, niña entre flores,  
flor de niñas, Isabel?  
Despertando de su sueño  
en casa ajena se ve.  
¡Qué lejano Chillán Viejo  
con la estrella de su fe!  
Con su Niña entre las flores,  
flor de flores, Isabel.  
Lo mecía entre los brazos  
como flor de su querer.  
¿Dónde está la Niña triste  
que lo vio y sintió nacer  
en el alba sin consuelo  
de su ensueño de mujer?  
Esta casa no es la suya  
del umbral hasta el dintel.  
Triste está Niño Bernardo  
recordando a su Isabel.  
Otro niño lo miraba  
y su hermano quiere ser.  
Ya se acerca. Ya se acerca.  
Ya está jugando con él.  
Y en el juego y el recuerdo  
ya va nombrando a Isabel,  
a la Niña que era madre  
y lo espera en su vergel  
para alzarlo entre las flores  
como la flor de su fe.  
Su Niño volverá un día  
como un nuevo amanecer.  
En San Agustín de Talca,  
en la ronda y el rondel,  
jugaba Niño Bernardo  
con barquitos de papel  
plantaba un álamo verde  
y lo miraba crecer,  
ya jugaba a los soldados,  
ya iba a ser el coronel,  
ya, entre niños que eran hombres,  
él iba a dictar la ley,

ya la casa iba a ser suya  
desde el umbral al dintel.  
Ya decía: "Padre, Patria",  
y se olvidaba del Rey,  
ya iba a encender una estrella  
en el cielo de su fe.  
Niño Bernardo Riquelme  
entre otros niños se ve.  
Pero, entre flores y niños,  
no estaba Niña Isabel.  
No ve sus luceros tristes  
en la ronda y el rondel.  
En Chillán Viejo la Niña  
cantaba con ansia y fe:  
"Volverá Niño Bernardo  
como un nuevo amanecer".  
La estrella de su esperanza  
la hacía resplandecer.

## ***ROMANCE DE LA PLAZA DE LOS HEROES***

Oscar Castro

Está la plaza partida  
por una cruz de dos calles.  
En medio Bernardo O'Higgins  
galopa, bronce y coraje.  
Ríen abajo las flores  
meciendo gentiles tallos  
y en el fondo de las pilas  
hay un cielo de cristales.  
Por señalar este cielo,  
dos dedos alza en el aire  
la Catedral rumorosa  
de rezos y de metales.

El viento viene del sur  
blandiendo azules pañales  
y en la Plaza de Rancagua  
se duerme como un estanque.

La quietud lame el silencio  
pensativo de los árboles  
y hay en las frondas un sueño  
como de viejos cantares.

La plaza recuerda, entonces,  
gentes de tiempos distantes . . .

Por esta plaza cruzaron  
los relucientes carroajes  
de varones con pelucas  
y damas llenas de encajes.

Un oidor pasaría  
en los días coloniales  
repicando con su vara  
sobre las piedras dispares.

Alguna vez caería  
un pañolito de encajes  
que guardara como prenda  
el mejor de los galanes.

—Buenas tardes, Caballero

—Caballero buenas tarde.

Saludos de corte antiguo,  
cortesías y donaires,  
abatirse de sombreros,  
inclinaciones de talles;  
tobillos que se vislumbran  
bajo el ruedo de los trajes;  
niñas que ríen, coquetas,  
cuando no las mira nadie,  
un ojo puesto en el novio  
y un ojo puesto en la madre.

¡Amores que se tejían  
al compás de viejos valses!  
Sigue soñando la plaza  
bajo la luz de la tarde  
y la despierta un clamor  
de clarines militares.

Realistas y patriotas  
—empuje, metralla y sangre—  
irrumpen en su recinto  
blandiendo espadas y sables.

Entre rojos fogonazos  
se abre la flor de los ayes  
y cruzan briosoos caballos  
sangrando por los ijares.

Por los costados, de pronto,  
las llamas alzan puñales  
entre fusiles que truenan  
y valientes que se abaten.

Y en medio de aquel infierno  
—relámpago deslumbrante—  
se oye una voz inflexible  
que traspasa las edades.  
—¡Aquél que sea valiente,  
sígame!

Un salto gigante  
y un caballo que atraviesa  
con sus cascós de celaje  
por entre las bayonetas  
de los soldados reales.

Galopa O'Higgins, galopa,  
el tiempo viene a mirarle  
y el bronce lo inmoviliza  
en ese asalto gigante.

Y en las noches silenciosas,  
cuando no transita nadie  
por esta plaza dormida,  
suele escucharse en el aire  
un quejido lastimero  
y entonces las rosas blancas  
como de muriéntes ayes,  
se vuelven color de sangre.

Es que su tierra es la tierra  
donde se plantó el coraje  
y en recuerdo a su bravura  
—¡Oh premio de generales!—  
el tiempo te adora el pecho  
con una cruz de dos calles.

## **BERNARDO O'HIGGINS RIQUELME**

Pablo Neruda

O'Higgins, para celebrarte  
a media luz hay que alumbrar la sala.  
A media luz del sur en otoño  
con temblor infinito de álamos.

Eres Chile, entre patriarca y huaso,  
eres un poncho de provincia, un niño  
que no sabe su nombre todavía,  
un niño férreo y tímido en la escuela,  
un jovencito triste de provincia.

En Santiago te sientes mal, te miran  
el traje negro que te queda largo,  
y al cruzarte la banda, la bandera  
de la patria que nos hiciste,  
tenía olor de yuyo matutino,  
para tu pecho de estatura campestre.

Joven, tu profesor Invierno  
te acostrumbró a la lluvia  
y en la universidad de las calles de Londres  
la niebla y la pobreza te otorgaron sus títulos  
y un elegante pobre, errante incendio  
de nuestra libertad,

te dio consejos de águila prudente,  
y te embarcó en la Historia.

“Cómo se llama Ud.” reían  
los “caballeros” de Santiago,  
hijo de amor, de una noche de invierno,  
tu condición de abandonado  
te construyó con argamasa agreste  
con seriedad de casa o de madera  
trabajada en el sur, definitiva.

Todo lo cambia el tiempo, todo menos tu rostro.

Eres, O'Higgins, reloj invariable  
con una sola hora en tu cándida esfera:  
la hora de Chile, el único minuto  
que permanece en el horario rojo  
de la dignidad combatiente.

Así estarás igual entre los muebles  
de palisandro y las hijas de Santiago,  
que rodeado en Rancagua por la muerte y la pólvora.

Eres el mismo sólido retrato  
de quien no tiene padre sino patria,  
de quien no tiene novia sino aquella  
tierra con azahares  
que te conquistará la artillería.

Te veo en Perú escribiendo cartas.  
No hay desterrado igual, mayor exilio.  
Es toda la provincia desterrada.

Chile se iluminó como un salón  
cuando no estabas. En derroche,  
un rigodón de ricos substituye  
tu disciplina de soldado ascético  
y la patria ganada por tu sangre  
sin ti fue gobernada como un baile  
que mira el pueblo hambriento desde fuera.

Ya no podías entrar en la fiesta  
con sudor, sangre y polvo de Rancagua.  
Hubiera sido de mal tono  
para los caballeros capitales.  
Hubiera entrado contigo al camino,  
un olor de sudor y de caballos,  
el olor de la patria en primavera.

No podías estar en este baile  
Tu fiesta fue un castillo de explosiones.  
Tu baile desgreñado es la contienda.  
Tu fin de fiesta fue la sacudida  
de la derrota, el porvenir aciago  
hacia Mendoza, con la patria en brazos.

Ahora mira en el mapa hacia abajo,  
hacia el delgado cinturón de Chile  
y coloca en la nieve soldaditos  
jóvenes pensativos en la arena,  
zapadores que brillan y se apagan.

Cierra los ojos, duerme, sueña un poco,  
tu único sueño, el único que vuelve  
hacia tu corazón: una bandera  
de tres colores en el sur, cayendo  
la lluvia, el sol rural sobre tu tierra,  
los disparos del pueblo en rebeldía  
y dos o tres palabras tuyas cuando  
fueran estrictamente necesarias.  
Si sueñas, hoy tu sueño está cumplido.

Suéñalo por lo menos en la tumba.

No sepas nada más porque como antes  
después de las batallas victoriosas  
bailan los señoritos en Palacio  
y el mismo rostro hambriento  
mira desde las sombras de las calles.

Pero hemos heredado tu firmeza,  
tu inalterable corazón callado,  
tu indestructible posición paterna  
y tú entre la avalancha cegadora  
de húsares del pasado, entre los ágiles  
uniformes azules y dorados,  
estás hoy con nosotros, eres nuestro  
padre del pueblo, inmutable soldado.

Sara Vial

Pensativo señor de tu destierro,  
tan hijo de Virrey como soldado  
y sólo con tu patria desposado,  
con su dedal de espuma y con su hierro.

Aún sabes extender libertadora  
mirada hacia una Escuadra navegante  
sintiendo que en el mar perseverante  
está nuestra raíz anunciadora.

En Montalbán callaste, grande y puro,  
a solas con tu honor, como trofeo  
tu insobornable corazón maduro.

¡Ay, don Bernardo, eleva en tu montura  
esta estrofa que busca sin correo  
y en plena mar azul, cabalgadura!